

nar o cada individuo la facultad de auto-gobernarse por medio de la razón; o en otros términos, de llegar con un método análogo, por no decir filosóficamente igual, a la formación de una creencia que será su sistema de pensar y de proceder.

Con esto, la libertad de enseñar resulta ser el medio conducente a la libertad de aprender, como lo expresa nuestra constitución bajo una evidente intención filosófica. La razón de la libertad de enseñar, es la libertad de aprender. Y siendo así, resulta monstruosa toda limitación al respecto. ¿Quién se atrevería, sin cometer la más tremenda iniquidad, a limitarme la libertad de aprender? Pero yo no aprendo si no me enseñan, porque aquella libertad es correlativa de esta última; de manera que limitarla, es ofenderlas a las dos.

Los sectarios me dicen que no debo aprender sino lo bueno. Pero ¿quién determina lo que es bueno? No será, seguramente, el estado, que no constituye autoridad moral ni

científica. El Estado tiene que limitarse a fomentar la adquisición de la verdad demostrada. Prácticamente, esto es para él lo bueno.

Y he aquí por qué y cómo debemos defender la enseñanza neutral, atacada en este momento por los clericales del mundo entero. Con todos los defectos circunstanciales que presenta aquí y allá, ella es el elemento precioso cuya salvación interesa en primera línea. Precisamente, los sectarios se prevaleu de esos defectos, y porque un obispo publica una pastoral excesiva o un liberal comete fallas de administración, créense autorizados a atentar contra la libertad que es bien de todos. Para un espíritu libre, el caso es bien distinto. Lo que le interesa es la libertad, aunque sea con liberales incorrectos y con obispos intemperantes, pues siempre resulta mejor la libertad defectuosa que el despotismo perfecto.

París, 1912.

LEOPOLDO LUGONES

“Matriotismo”

EN un reciente escrito autobiográfico del filósofo alemán Leopoldo Ziegler leemos, hablando de lo que el filósofo debe hacer: «Como hogar escoja su *matria* Europa, pues su patria no puede escoger, y cuanto más osadamente nieguen a aquélla los pueblos fraternalmente enemigos, tanto más honda lealtad debe guardarla».

En este pasaje de Ziegler, en rigor intraductible, hemos vertido «hogar» por *Heimat*, «patria» por *Vaterland*, o sea tierra padre, y la expresión *Mutterland*, o sea tierra madre, que el filósofo aplica a Europa, la vertimos por *matria*. Y sobre este neologismo hemos de decir dos palabras.

En rigor, no hacía falta introducirlo, debido a que *patrio* es un adjetivo que se refiere a lo que llamamos los padres, o sea padre y madre, y no implica sentido ninguno sexual. «Padres» suele querer decir lo que en latín *parentes*, los que le engendraron y criaron a uno. Así como hombre (*homo*) es tanto la mujer como el varón, y humanidad es la cualidad de ser hombre, o sea animal racional. La razón es, pues, el distintivo del hombre,

Schopenhauer salió con aquello de que la voluntad se hereda del padre y la inteligencia de la madre, o sea que aquélla es cosa masculina y ésta femenina. Y el mismo Schopenhauer, que admiraba a los españoles por suponerlos poco inteligentes o poco racionales, citaba con elogio aquel nuestro modismo que indica de dónde nos brotan las voliciones puras, es decir, irracionales. Pero éste es un concepto pesimista.

La voluntad, la verdadera voluntad, el querer racional y humano, no es ni masculino ni femenino ni neutro; es racional. Pero no sabemos bien por qué nos place poner la racionalidad más bien bajo la égida de la madre. Y *matria*, la *Mutterland* del filósofo alemán, nos place llamar al hogar colectivo de la inteligencia.

Dentro de pocos días se celebrará esa fiesta oficial, lo que vale decir ordenancista y litúrgica y formularia, de la raza, y otra vez más debemos preguntarnos qué es la raza.

No un concepto animal, fisiológico, somático, natural, sino un concepto racional, psicológico, espiritual, histórico. Esa raza cuya fiesta se quiere celebrar el día 12 de Octubre está, sobre todo y ante todo, caracterizada por la inteligencia, por la inteligencia bien caracterizada. Lo que ha de unir a los pueblos todos que hablamos la

EN VENTA:

Pinocho, Chapete y los Reyes Magos.

La ofensiva de Pinocho.

Pinocho y la Reina Comino

A € 1-00 cada uno

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

misma lengua, la castellana, es la inteligencia. No sólo se habla, sino que se piensa y se siente en una lengua.

Siempre, y ahora más que nunca, hay que proclamar la primada de la inteligencia, que es humana, por encima y por debajo de groseras categorías sexuales. Son Don Quijote, el casto, y su Dulcinea los que nos unen a los pueblos que en la lengua quijotesca pensamos y sentimos, y no el botarate de Don Juan Tenorio, el calavera, el peliculero, el que pudo inspirar a Schopenhauer sus ideas sobre los españoles.

Es la inteligencia la que tiene que unirnos y es la inteligencia la que salva a los pueblos. Es la inteligencia la raíz del *matriotismo*. Ni las buenas intenciones—de que dicen está empedrado el infierno—ni la osadía sacan a un pueblo ninguno de la abyección.

No es que para salvar a un país haga falta ser sabio. Sabio, no; ipero inteligente, sí! Un ignorante, que sabe lo que es, que sabe entender al que sabe más que él, basta. Es decir, un discreto.

Sarmiento, uno de los más grandes representantes espirituales y humanos de nuestra raza, el debelador de Rosas, escribió su obra inmortal bajo el título de *Civilización y barbarie*. En ella marcó para siempre el estigma de la ignominia en la frente del caudillaje de las montoneras selváticas, de la bárbara plebe campesina comida por la envidia a la inteligencia. Y es que la América española ha conocido el azote de los salvadores de la naturaleza del carnero, con el seso de éste y con su contraseso también. Porque nada hay en el reino animal tan característico como el macho de la oveja.

En ese día de la Fiesta de la Raza tenemos que proclamar los hombres españoles—en los *hombres* se cuentan las mujeres—que es la inteligencia lo único que puede unirnos a los que en la misma lengua pensamos y sentimos. Y debemos proclamarlo frente a los carneros de aquende y allende el Atlántico.

La raza es, como la inteligencia, madre. El amor de la madre es el más racional de los amores y el más inteligente.

Schopenhauer, al pretender exaltarnos, nos deprimía; Schopenhauer nos insultó. Y esto conviene que lo sepan nuestros hermanos de América. No fué el bárbaro de Pizarro, un carnero, el que conquistó espiritualmente el Perú, sino que fué D. Pedro de la Gasca, el letrado, el inteligente, el hombre de seso. Y el hombre de valor. Porque el valor es inteligencia.

Solo la inteligencia puede salvarnos.

MIGUEL DE UNAMUNO

(*Nuevo Mundo*, Madrid).